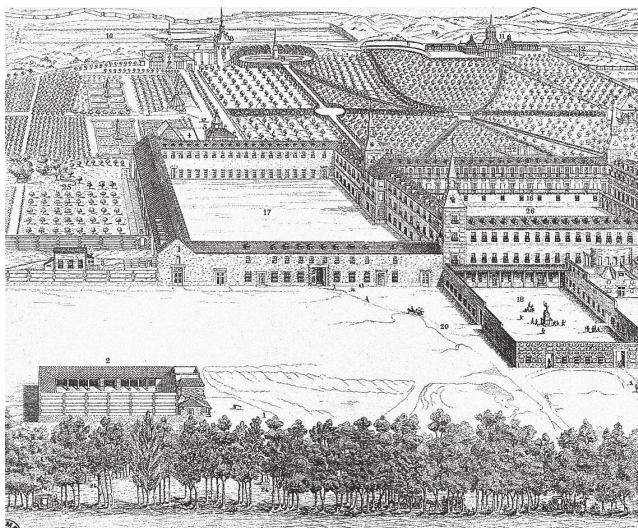


BIBLIOTECA DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

XXXIX

CICLO DE CONFERENCIAS

# EL PARQUE DEL BUEN RETIRO



L. M. APARISI LAPORTA – A. SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA – J. MONTERO  
PADILLA – M.<sup>a</sup> T. FERNÁNDEZ TALAYA – A. DE CARLOS PEÑA – M.<sup>a</sup> P. GONZÁLEZ  
YANCI – J. DEL CORRAL RAYA – J. M. CRUZ VALDOVINOS – C. CAYETANO  
MARTÍN – P. MENA MUÑOZ – F. J. MARÍN PERELLÓN – E. L. HUERTAS  
VÁZQUEZ – C. AÑÓN FELIÚ – E. JORRÍN GARCÍA – F. DE DIEGO CALONGE –  
A. MORA PALAZÓN – E. DE AGUINAGA LÓPEZ – R. GAMAZO RICO

INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS  
C. S. I. C.

INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS  
Consejo Superior de Investigaciones Científicas  
Centro de Ciencias Humanas y Sociales

La responsabilidad del texto y de las ilustraciones insertadas  
corresponde al autor de la conferencia.

Imagen de cubierta: *Vista del Palacio y jardines del Buen Retiro*,  
por Jusepe Leonardo, hacia 1626.

© 2011 Instituto de Estudios Madrileños  
© 2011 Los autores de las conferencias

ISBN: 978-84-935195-4-4  
Depósito Legal: M- 49987-2011  
Impreso en España

## SUMARIO

	<u>Págs.</u>
<i>Presentación</i> , por ALFREDO ALVAR EZQUERRA.....	9
<i>Anotaciones al ciclo de conferencias El Parque del Buen Retiro</i> , por LUIS MIGUEL APARISI LAPORTA.....	11
<i>Esculturas y otros elementos ornamentales</i> , por LUIS MIGUEL APARISI LAPORTA.....	15
<i>Una familia de escultores: los Coullaut-Valera y sus esculturas en El Retiro</i> , por ALBERTO SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA.....	51
<i>Apuntes para una guía literaria del Retiro</i> , por JOSÉ MONTERO PADILLA.....	67
<i>Los alcaldes del Buen Retiro</i> , por MARÍA TERESA FERNÁNDEZ TALAYA.....	83
<i>El monumento de Alfonso XII en El Retiro</i> , por ALFONSO DE CARLOS PEÑA.....	101
<i>Evolución urbana de Madrid en torno a El Retiro</i> , por M <sup>a</sup> PILAR GONZÁLEZ YANCI.....	117
<i>Toros y otros festejos en el Buen Retiro</i> , por JOSÉ DEL CORRAL RAYA.....	153
<i>Ermitaños en el Buen Retiro en el siglo XVII</i> , por JOSÉ MANUEL CRUZ VALDOVINOS.....	167
<i>El Retiro «municipal» en el siglo XIX</i> , por CARMEN CAYETANO MARTÍN.....	181
<i>Estudio histórico y arqueológico en el Huerto del Francés. La Real Fábrica de porcelanas</i> , por PILAR MENA MUÑOZ y FRANCISCO JOSÉ MARÍN PERELLÓN.....	209
<i>Fiestas teatrales en El Retiro calderoniano</i> , por EDUARDO L. HUERTAS VÁZQUEZ.....	217
<i>El plan rector de uso y gestión del Buen Retiro</i> , por CARMEN AÑÓN FELIU.....	239
<i>El cerrillo de San Blas y su connotación romera</i> , por EMILIO JORRÍN GARCÍA.....	287
<i>Árboles y hongos notables en los Jardines del Buen Retiro</i> , por FRANCISCO DE DIEGO CALONGE.....	309
<i>El Real Observatorio Astronómico de Madrid</i> , por ALFONSO MORA PALAZÓN.....	323
<i>Las puertas del Retiro</i> , por ENRIQUE DE AGUINAGA LÓPEZ.....	345
<i>El barrio de los Jerónimos</i> , por RUFO GAMAZO RICO.....	361
<i>La Casa de Fieras</i> , por LUIS MIGUEL APARISI LAPORTA.....	377

## APUNTES PARA UNA GUÍA LITERARIA DEL RETIRO

Por JOSÉ MONTERO PADILLA  
*Instituto de Estudios Madrileños*

Conferencia pronunciada el día 2 de  
noviembre de 2004, en el Museo de los  
Orígenes (antes Museo de San Isidro)

Tal como el título de esta conferencia indica –apuntes para...–, pretendo únicamente reunir algunos datos, algunos textos, que nos faciliten elementos para conocer la proyección literaria del madrileño parque de El Retiro, y para trazar, en esbozo, una futura guía literaria de este lugar de nuestra ciudad.

### TESTIMONIOS DE AZORÍN Y SUS PASEOS POR EL RETIRO

José Martínez Ruiz había llegado a la Villa y Corte por vez primera, procedente de Valencia, en 1896, con exactitud el día 25 de noviembre. Muy pronto, comienza a publicar en periódicos y sus colaboraciones no pasan inadvertidas y hasta suscitan el elogio de personalidad tan ilustre como Leopoldo Alas *Clarín*. Pero estos reconocimientos y éxitos incipientes no evitan los agobios económicos. Y, según el testimonio del propio escritor, le llega a faltar el dinero hasta para comer, o prefiere gastárselo en libros...:

*13 marzo.* –Esta mañana he entrado en una librería a comprar un periódico francés («un periódico no es nada, decía yo). Aprovechando la ocasión, me he puesto a examinar unos libros nuevos, y... ¡lo que temí!, no sé lo que ha pasado por mi cabeza... me he ofuscado... [...] El caso es que he salido con dos tomos de cubierta amarilla, olorosos, debajo del brazo. (Ya los he puesto en la lista de libros comprados durante el año).

Me quedan cinco pesetas.

*17 marzo.* –Acabo de comer... 10 céntimos de pan a medio día y 10 por la noche. Voy teniendo derecho a figurar en el Año Cristiano. [...].

*19 marzo.* –Continúo comiendo mis 20 céntimos de pan. Al principio he notado cierta sequedad en el estómago y en la cabeza. También me he encontrado más flexible, más vaporoso; pero ahora lo que siento es debilidad. Casi no puedo escribir. [...]

23 marzo. –Esta mañana iba hacia el Retiro con mi pan en el bolsillo, a comérmelo entre los árboles. Al pasar frente al Ministerio de la Guerra he sentido un desvanecimiento; se me iba la cabeza, y he andado algunos pasos haciendo eses como un borracho. Después he caído junto a la verja. A pesar de que apenas me daba cuenta de nada, he notado que se formaba un grupo de gente a mi alrededor, y me parece haber oído risas y que alguien decía: –No es nada... ¡un curda!<sup>1</sup>

Muchos años después, con la serenidad de un largo tiempo transcurrido, Azorín, en su libro *Madrid* (1941), evocará sus trabajos y privaciones de cuando era un joven y apenas conocido periodista y refugiaba su soledad en paseos por El Retiro:

... periodista ya militante, mi vida era solitaria y esquiva. Iba por las noches, a prima hora, a la Redacción, antes que nadie fuera, y me retiraba pasada la media noche, casi a la madrugada. [...] Y durante el día, solo en mis divagaciones por Madrid o en mis paseos por el Retiro. [...] no tuve más nutrimento que el siguiente: un panecillo por la mañana y otro al anochecer. [...] Con veinte céntimos al día hacía yo mi comida. Que pruebe ahora cualquier principiante literario a hacer lo mismo. [...] Duró el severo régimen veinte días consecutivos<sup>2</sup>.

En 1913, Azorín comienza a publicar, en la revista *Blanco y Negro*, una serie de artículos a los que da el título general de *Escenas madrileñas*. El cuarto artículo de la serie se titula «En el Retiro» y aparece el 18 de enero de 1914. El autor del artículo cree que en Madrid existen «algunos hermosos parques y jardines», y como ejemplos de su afirmación cita los nombres de El Retiro, el Botánico, el Parque del Oeste y la Moncloa.

Y se detiene en el primero de ellos, y lo observa, despaciosamente, y describe sus cambios, según las estaciones, según las horas del día; y sus distintas zonas y aspectos; y se refiere a sus visitantes, tan diversos, y escribe:

Quien gusta de pasear por el ancho vial de coches, no es el mismo que devanea por la hondonada que domina el Palacio de Cristal. Los amantes lo saben. Hay visitantes en el Retiro que cruzan rápidamente por él a una hora elegante y mundana (las cuatro de la tarde en invierno); hay otros que no van a pasear, sino a sentarse y leer; otros, finalmente –los taciturnos, los angustiados por algún íntimo pesar, los trágicos–; otros repetimos, que permanecen en un banco, absortos, meditativos. Estos son los que en los respaldos de los bancos graban inscripciones amoratorias, fechas y nombres, augurios aterradores<sup>3</sup>.

La atención de Azorín se detiene, con especial interés, con ternura, con un punto de tristeza y de queja social también, en las figuras de unas niñeras, de una madre, de unos niños, y las escenas descritas por Azorín adquieren delicada, profunda emoción:

En las mañanas del verano, cuando Madrid ha quedado casi desierto, entrando al Retiro por la puerta de la Independencia, en las alamedas de la derecha, veréis constantemente los mismos visitantes; todos los días van a la misma hora y están el mismo tiempo. Son unas niñeras, o una madre con sus niños, débiles y pálidos; la madre se sienta en un banco, y

comienza a leer un periódico, o a urdir alguna labor casera. En tanto, los niños *se esfuerzan en jugar*; se mueven de una parte a otra de un modo lento y melancólico; tienen gritos y exclamaciones vagas, que expiran sin fuerza apenas salen de la boca. Estos niños deberían estar en una playa o en una montaña, en vez de estar en estos jardines a estas horas; todos, casi todos los demás niños que visten como éstos, se han marchado ya lejos de Madrid, y en estos momentos retozan entre las fragosidades montañosas, o corren, huyendo de las olas, por las playas doradas. Y estos niños, pálidos, exangües, que llevan en sus nervios – inexorable fatalidad– el cansancio de tres generaciones, no tienen más playa y más montañas que estas alamedas del Retiro. Y nos imaginamos a un médico recomendando el mar o la montaña, y a esta madre, que aquí se halla sentada, escuchando –¡con cuanto dolor íntimo!– esta recomendación del doctor...

Este artículo de Azorín sobre el Retiro, publicado inicialmente en la revista *Blanco y Negro*, concluye con una descripción característicamente azoriniana que nos ofrece la estampa del parque del Buen Retiro a las once de la mañana de un día de verano, estampa que nos sugiere el cuadro pictórico, o quizá más aún, una secuencia cinematográfica vista a cámara lenta:

Son las once de la mañana; el cielo está límpido, y el profundo silencio sólo es turbado, de cuando en cuando, por el campanilleo lejano de un tranvía. La alameda está desierta; el sol vívido que se cuela por los resquicios de la fronda pone en el suelo fulgentes notas blancas. Todo recto, todo luz y sombra, todo silencio, todo verde en las hojas y negrura en los troncos, el vial de viejos olmos se pierde a lo lejos en una lontananza que nos recuerda el cuadro de un pintor<sup>4</sup>.

## PÍO BAROJA Y LAS NOCHES DEL BUEN RETIRO

Pío Baroja, médico, dueño de una panadería en la capital de España, fue ante todo y esencialmente escritor. Viajó por el extranjero –Francia, Inglaterra, Italia...–, pero, aparte los veranos que pasaba en su tierra de Vera del Bidasoa, su existencia transcurrió casi íntegramente en Madrid, donde murió, en 1956. Ortega y Gasset lo vio como «un asceta calvo, lleno de bondad y de ternura, que deambula calle de Alcalá arriba, calle de Alcalá abajo...». Sus novelas, según el mismo Baroja, son «de observación de la vida», con «realismo y algo de romanticismo también». En muchas de esas novelas Madrid proporciona escenarios, paisajes urbanos, temas, motivos, personajes, sucesos... Así en la trilogía de *La lucha por la vida*, donde el autor retrata plástica, vívida, magistralmente, la realidad de un Madrid bronco, miserable, doloroso. Así, también, en *Las noches del*

---

<sup>4</sup> Azorín, *París bombardeado. Madrid sentimental*, en *Obras Completas*, tomo XXII, Madrid: Caro Raggio, 1921, págs. 167-171.

*Buen Retiro*, una delicada, melancólica, inolvidable narración, en la que los llamados «Jardines del Buen Retiro», instalados a fines del siglo XIX, en la zona que después ocupará el edificio de Correos, aparecen como escenario y referencia fundamental de un tiempo transcurrido y ya lejano y de algunos personajes de la bohemia. En el capítulo III de la novela, por ejemplo, se evocan los ambientes y aspectos de estos jardines, a la noche, en los inicios de un verano y cuando éste llegaba a su plenitud:

Los Jardines del Buen Retiro eran sitio estratégico e importante para la burguesía madrileña de hace más de treinta años. En aquellos Jardines se podían pasar las noches de verano de una manera agradable. Era lugar relativamente céntrico, contiguo a la plaza de la Cibeles; había en él un teatro grande, árboles, boscajes retirados para parejas misteriosas, un café y música.

El jardín presentaba soberbio aspecto de noche, iluminado con brillantez por los arcos voltaicos. Cruzaban damas elegantes y señores bien vestidos. Se lucía, se coqueteaba, se piropeaba y se cambiaban miradas ardientes entre unas y otros.

[...] Por un precio módico se tomaba el fresco las noches ardorosas del verano madrileño y se charlaba en una tertulia. En unas temporadas se oía ópera, aunque barata no mala; en otras se veían representar zarzuelas bufas y algunos bailes y pantomimas de gran espectáculo.

Los días de moda, en junio y a principios de julio, antes del éxodo de la gente rica a la costa cantábrica, los Jardines tenían aire de gran gala.

Al público del Buen Retiro que quedaba en el rigor del verano se le motejaba de pobre y con pretensiones, es decir, de cursi, terrible acusación, espada de Damocles de los españoles durante cincuenta años y a la cual hoy parece írsele quitando la punta y el filo. [...]

Se veían allí casi siempre gran número de políticos, de periodistas y varias familias de la aristocracia. De éstas, por presentarse en el jardín todas las noches y no salir a veranear a las playas del Norte, se pensaba si estarían arruinadas.

Como hay un fondo de petulancia y de malevolencia hasta para lo agradable, los mismos que se divertían y distraían en los Jardines no lo confesaban casi nunca y hablaban de ellos como de sitio de aburrimiento, de cursilería y de fastidio.

[...]

Los días de fiesta engrosaba el público del Buen Retiro con gente oscura de comercio y de tiendecillas de barrios bajos y hasta con otra más pobre próxima a la plebécula.

Eran menestrales, unos alborotadores y otros un poco cohibidos como gallinas en corral ajeno. Esto daba al paseo un aire plebeyo y provinciano.

[...]

El espectáculo era exclusivamente madrileño, un tanto cortesano, un tanto provinciano, elegante y al mismo tiempo pobretón.

El público de los Jardines del Buen Retiro se sentaba en las sillas, en corros, alrededor del quiosco central, donde tocaba la música, dejando libre la pista para pasear. Los focos eléctricos, colgados de cables tendidos en postes, entre los árboles, iluminaban el paseo con una luz muy blanca, como de luna. [...]

Estos arcos voltaicos metidos en globos de cristal esmerilado, envueltos en un enrejado de alambre, brillaban entre nubes de mariposas y mosquitos atraídos por la luz cegadora.



Parte del público, sentado en las sillas del jardín, se levantaba e iba de prisa al teatro cuando los timbres anunciaban el comienzo de la representación de un acto; otros, sin duda más indiferentes o menos filarmónicos; desdénaban el espectáculo y se quedaban disfrutando del fresco de la noche<sup>5</sup>.

En octubre del año 1933, Pío Baroja ponía el punto final a esta novela suya: *Las noches del Buen Retiro*. Apareció impresa al año siguiente. Se trata –antes lo apuntaba– de un bello, evocador relato, en el que conviven y se entrecruzan y se funden realismo, un cierto romanticismo, melancolía, constancia de las heridas causadas por el transcurso inexorable del tiempo. Los jardines llamados del Buen Retiro ofrecían una estampa muy representativa del Madrid de finales del siglo XIX. Se hallaban donde actualmente se alza el edificio de Correos, o Palacio de Comunicaciones, o Nuestra Señora de las Comunicaciones según se decía coloquialmente, inaugurado en 1910. En las páginas de esta novela barojiana aparece el recuerdo de aquellos jardines tan unidos un tiempo a la vida madrileña y viven personajes próximos al espíritu de la bohemia. En el capítulo final Baroja cuenta cómo dos de los personajes de su narración coinciden un día en la plaza de Cibeles, delante del edificio de Correos. Han pasado muchos años. De aquellos jardines tan sólo queda su recuerdo. Uno de los personajes pregunta, con cierta resonancia manriqueña en sus palabras:

... ¿Qué se hizo de aquella gente que se reunía aquí hace más de treinta años?  
Figúrese usted. Los que no han muerto han cambiado con el tiempo»<sup>6</sup>.

Así acontecería también con las gentes de la Bohemia. Muchos desaparecieron para siempre. Otros renunciaron a sus ideales más o menos sinceramente sentidos, se alteraron o, lo que es lo mismo: se hicieron otros. Algunos conservaron una memoria afectiva de ella, una memoria cada vez más débil, como un humo dormido oloroso a melancolía. Los más fieles a la mejor bohemia, la que era una actitud ante la vida y ante el Arte, pensaron orgullosamente que esa bohemia suya era como el penacho de Cyrano de Bergerac.

Y la desaparición de los jardines llamados del Buen Retiro supuso también el final de muchas horas de la vida madrileña. Ramón Gómez de la Serna elevó su protesta, que aún podemos escuchar:

Cuando pienso en la roturación y desmoche del Buen Retiro no encuentro adjetivos para juzgar al causante de aquel crimen. En el otro mundo no le tendrán en cuenta sus pecados privados, por mortales y cochinos que sean; sólo le tendrán en cuenta esta expropiación.

Todo está lleno aún de la nostalgia de aquellos jardines del Buen Retiro, que no puede sustituir ningún campo nuevo de recreo.

---

<sup>5</sup> Pío Baroja, *Las noches del Buen Retiro*, Madrid: Espasa-Calpe, 1934, págs. 14-17.

<sup>6</sup> *Las noches del Buen Retiro*, ed. cit., pág. 317.



Los jardines del Buen Retiro, nombre que se dio a la huerta llamada del Rey o de San Juan, tenían un aire clásico, discreto y solemne. Eran la Gioconda de los jardines, y eso, como se comprenderá, tiene que resultar inimitable.

Detrás de ello quedaban los jardines de Apolo, con lo que se ve que el despojo fue aún mayor de lo que parece. Se necesitaba un jardín puro, de graciosas ondulaciones, de elegante bosque en sitio céntrico de la población y al lado de sus Campos Elíseos: ese era el Buen Retiro<sup>7</sup>.

## EL MONUMENTO A GALDÓS

Uno de los varios monumentos que se han dedicado a don Benito Pérez Galdós se encuentra en el madrileño parque de El Retiro, próximo al paseo del duque de Fernán Núñez o de coches. Para su realización se había abierto una suscripción de carácter popular. Fue obra de un entonces muy joven y ya destacado escultor, Victorio Macho, galdosiano fervoroso. Éste representó al autor de los *Episodios Nacionales* sentado y con las piernas cubiertas con una manta, tal como era frecuente ver al escritor en sus últimos años. El escultor tenía entonces su estudio en la plaza de las Vistillas, denominada ahora y desde hace tiempo de Gabriel Miró. Un escritor y crítico literario, Enrique Díez-Canedo, visitó en una ocasión aquel estudio y pudo ver allí, ya terminada, la estatua de Galdós, y más tarde la describiría así:

En el silencio del estudio, la estatua nos da otra lección de majestad; tranquila, homérica de expresión la cabeza augusta; inmóviles, unidas las manos, que ya hicieron su tarea. Un paño cubre las piernas; el traje de hoy, disimulando sus hechuras efímeras detrás de las líneas esenciales, viste para la eternidad la escultura.

El monumento se inauguró el día 20 de enero de 1919, en acto que contó con la presencia del propio Galdós, ya ciego desde varios años antes, que quiso que le llevaran junto a su estatua para poder tocarla con sus manos, como si éstas pudiesen ver... Numerosas figuras de las letras españolas, y amigos y admiradores, estuvieron en el acto, que supuso un homenaje tan fervoroso como entrañable, con momentos de intensa emoción y un temblor de despedida en las palabras que se dijeron en ocasión tan singular.

Al año siguiente, el día 4 de enero, fallecía el escritor, en su casa en la madrileña calle de Hilarión Eslava, número 7.

Otras memorias de escritores podemos encontrar también en El Retiro, como el monumento dedicado a los hermanos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, que se inauguró en 1934; y el que, en el Parterre, se alza en honor de Jacinto Benavente, pró-

---

<sup>7</sup> Ramón Gómez de la Serna, *Descubrimiento de Madrid*, Edición de Tomás Borrás, Madrid: Cátedra, 1974, pág. 167.

ximo al busto del doctor Benavente, padre del comediógrafo, que también allí se encuentra; y el que rinde homenaje al poeta venezolano Andrés Eloy Blanco (1897-1955), que se inauguró en 1975; y los dedicados a Ramón de Campoamor; a Luis de Góngora; a Miguel Moya, periodista y presidente que fue de la Asociación de la Prensa; y a Jacinto Verdaguer; y la puerta (a la avenida de Menéndez Pelayo) que lleva el nombre de Dante Alighieri...

## LOS LEONES DE LA CASA DE FIERAS

Durante un tiempo considerable la denominada Casa de Fieras, o –con cierto énfasis y un punto de exageración– Parque Zoológico, fue centro de mucha atracción, en especial para los niños, y gozó de popularidad no incompatible con críticas y censuras a la carencia de medios e incluso pobreza de las instalaciones. Así lo reconocía Antonio Díaz-Cañabate, notabilísimo cronista de las cosas de Madrid:

La Casa de Fieras del Retiro nunca ha tenido buena Prensa, con injusticia manifiesta. La Casa de Fieras es uno de los rincones más deliciosos de esa pura delicia de parque urbano que es el Retiro<sup>8</sup>.

Diversamente, Camilo José Cela afirmaba, hacia 1965 o 1966:

Detrás del estanque –y en el paseo de coches que mandó abrir el duque de Fernán Núñez– está la casa de Fieras, que es poco más que un gallinero; diríase que los sucesivos ayuntamientos de la capital quisieron rendir este avícola tributo al conde duque de Olivares, que también fue aficionado a volátiles de buen provecho. En la casa de Fieras, incluso el león y el oso y los micos tienen un aire triste y gallináceo<sup>9</sup>.

Don Pedro Calderón de la Barca, el gran autor teatral del siglo XVII, se refirió en versos que han alcanzado notoria difusión a la capacidad de la Villa y Corte para acoger a cuantos a ella se acercan y deciden habitarla y quedarse de manera permanente:

Es Madrid patria de todos  
(pues en su mundo pequeño  
son hijos de igual cariño  
naturales y extranjeros)...

El autor de *La vida es sueño* tenía razón, ciertamente, que uno de los rasgos sustanciales –el que más acaso– de Madrid es su condición y carácter de patria de todos;

---

<sup>8</sup> Antonio Díaz-Cañabate, *Madrid y los Madriles*, Madrid: Edit. Prensa Española, 1974, pág. 37.

<sup>9</sup> Camilo José Cela, *Madrid*, Madrid: Alfaguara, 1966, pág. 35.

su permanente espíritu hospitalario, que acepta, sin reservas ni distinguos, a cuantos a él se llegan y se allegan; su capacidad de asimilación, que sabe «madrileñizar» hasta tal extremo que muchos de sus personajes más representativos, como los pintores Velázquez y Goya, y el alcalde Pontejos, y el novelista Pérez Galdós, y el sainetero Carlos Arniches, y los músicos Ruperto Chapí y Tomás Bretón... ¡tantos más!... no nacieron en Madrid.

A esta realidad tampoco fue ajeno Julio Camba, el gran escritor gallego, y a ella se refirió en más de una ocasión, así en un delicioso comentario sobre la madrileña Casa de Fieras de El Retiro incluido en el libro *Sobre casi nada*, un comentario en el que une ingenio, ironía, un punto de ternura, humor en fin de muchos quilates:

¿Por qué –se pregunta Camba– parecen madrileños los leones del Retiro si en Madrid no hay leones? y si no hay tampoco osos blancos, ni canguros, ni pelícanos, ni dromedarios, ¿por qué –vuelve a interrogar– nos parecen de Madrid el dromedario y el pelicano, los canguros y los osos blancos? ¿En qué consiste, en fin, ese aire local que tienen todos los bichos de nuestro parque zoológico?

Yo no lo sé –razona seguidamente–; pero cuando, lejos de la capital de España, quiero acordarme de ella, más que en el oso de su escudo pienso en todas esas fieras tan castizas que se han agarrado a nuestro presupuesto municipal y que pasan su vejez asiladas en el Retiro. Fieras achacosas y cuya situación económica debe de ser tan deplorable, ¿cómo no vamos a considerarlas nuestras? Han venido aquí para evocarnos el ancho mundo y han acabado por pedirnos un hueco a fin de acabar sus días entre nosotros.

Y es que –concluye– *no en balde se habla de la capacidad asimilatoria de Madrid*. ¿Qué se creen las fieras exóticas? Aquí no hay exotismo posible ni fiereza que se resista. A los seis meses, el león del Atlas pierde aquí su melena, el cóndor de los Andes se queda sin plumas y todos –leones, perros, cóndores y gallinas–, todos somos unos...<sup>10</sup>.

Al referirme a los animales de la Casa de Fieras surge de entre mis memorias infantiles la de los rugidos, impresionantes, patéticos –o así le parecían al niño que los escuchaba–, quizá con la añoranza de un país imposible llamado libertad, rugidos que desde El Retiro llegaban a mi habitación en las noches lentas del largo verano.

En otras, repetidas ocasiones, las referencias a la Casa de Fieras, buscan tan sólo lo puramente cómico, así en textos de Arniches, como el siguiente, del sainete *La condesa está triste*, en el que dos personajes, FINITA y MANOLO, que proyectan casarse, se dicen:

FINITA. —¿Qué?

MANOLO. —Que cada día estás más mona.

FINITA. —Oye: por lo que más quieras, Manolo, cambia de piropo y no me llames mona...

MANOLO. —Pues...

---

<sup>10</sup> Julio Camba, «Sobre las fieras madrileñas», en *Sobre casi nada*, Madrid: Colección Austral de Espasa-Calpe, 1971, 4ª ed., págs. 132-33, la cursiva es mía.

FINITA. —Sí, porque como andas diciendo que buscas en el matrimonio un retiro todo el mundo me llamará la mona del Retiro, y francamente...<sup>11</sup>

## RETIRO DE VERSOS

El Retiro ha sido propicio, probablemente desde siempre, para la efusión lírica, para las emociones y sugerencias poéticas, se transformasen éstas o no en los renglones de una composición poética, que también, y muchas y muy bellas algunas. Con palabras de nuestro último –por ahora– premio Nobel, Camilo José Cela: «El Retiro es un jardín muy literario»<sup>12</sup>.

Expresiva es la anécdota que contó Dámaso Alonso al comienzo de uno de sus libros más importantes: *Poesía española. Ensayo de métodos y límites estilísticos* (1950). Y es su descubrimiento, su primera lectura, en el Retiro, de un soneto de Dante Alighieri:

Tanto gentile e tanto onesta pare  
la donna mia quando ella altrui saluta,  
ch'ogne lingua deven tremando muta,  
e li occhi non l'ardiscon di guardare.  
Ella si va, sentendosi laudare,  
benignamente d'umiltà vestuta  
e par che sia una cosa venuta  
di cielo in terra a miracol mostrare.  
Mostrasi si piacente a chi la mira,  
che da per li occhi una dolcezza al core  
che 'ntender non la può chi non la prova,  
e par che de la sua labbia si mova  
un spirito soave pien d'amore  
che va dicendo a l'anima: sospira.

Dámaso Alonso lo cuenta así:

El muchacho, casi un niño –aspirante a matemático–, que por las avenidas del Retiro sacó de su bolsillo *Le cento migliori liriche della lingua italiana*, y por primera vez se puso en contacto con el soneto inmortal, leía con alguna dificultad el italiano y no tenía la menor idea de análisis estilísticos. Seguramente que no pudo discriminar mucho entre sus intuiciones parciales al pasar por cada uno de los versos. Intuyó una imagen simplísima. En el alma está aún: no ha cambiado. El hombre, casi un viejo, cansado y desilusionado, tiene aún en las

---

<sup>11</sup> Reproduzco de M<sup>a</sup>. Carmen Simón Palmer, *El Retiro. Parque de Madrid*, Madrid: Ediciones La Librería, 1991, págs. 89-90.

<sup>12</sup> Camilo José Cela, *Madrid, op. cit.*, pág. 37.

entrañas del alma esta cámara intacta, de candor, de ilusión eterna. La misma que se abrió aquel día en el alma del niño<sup>13</sup>.

Uno de los buenos poetas del Retiro ha sido Agustín de Foxá (1906-1959) –lo sigue siendo en la perennidad de sus versos–. Escribió poesía, novela (una, extraordinaria: *Madrid de Corte a checa*), teatro, artículos... Fue un satírico certero, implacable hasta la crueldad en algunos de sus epigramas. Protagonista de anécdotas singulares. Diplomático de profesión. En un texto autobiográfico se describió así:

Gordo; con mucha niñez aún palpitante en el recuerdo. Poético, pero glotón. Con el corazón en el pasado y la cabeza en el futuro. Bastante simpático, abúlico, viajero, desaliñado en el vestir, partidario del amor, taurófilo, madrileño con sangre catalana<sup>14</sup>.

Esa *niñez aún palpitante* inspiró su poema *El Retiro*, incluido en la Primera parte, *Breve romancero de la niñez*, del libro *El almendro y la espada*. Se trata de una extensa composición (78 versos), en la que desde la memoria de un Retiro conocido en la infancia reviven, a través de una veladura nostálgica, seres, circunstancias y motivos entonces vividos: la niñez, arena, amas de cría, estanques, barcas, estudiantes, modistillas, peces, estatuas, césped, tigres, guardas, jardineros, una manga de riego, la bicicleta, niños vestidos de marineritos, globos que se escapan, la casa de fieras, rugidos, una pelota, un coche de caballos, «mi madre, con su sombrilla / Mi padre, con hongo y barba», puestos de combas y de aros, molinillos de viento, banderas, barquillos, mirlos, cubos, palas,... Y la escena triste que no escapa a los ojos infantiles y que aparece en los cuatro últimos versos del poema:

Por las verjas los entierros  
Cajas con galón de plata  
Y bajo las flores niños  
Niños que ya no jugaban<sup>15</sup>.

Gran poeta Foxá, aunque antologías muy jaleadas y acompañadas de fanfarrias lo ignoran torpemente; poeta que muestra la hondura de su inspiración en composiciones como la titulada *Melancolía de desaparecer*:

Y pensar que después que yo me muera,  
aún surgirán mañanas luminosas,  
que bajo un cielo azul, la primavera,

---

<sup>13</sup> Dámaso Alonso, *Poesía española. Ensayo de métodos y límites estilísticos*, Madrid: Gredos, 1957, 3ª. ed., págs. 41-44.

<sup>14</sup> Agustín de Foxá, *Madrid de corte a checa*, Prólogo de Jaime Siles, Madrid: Biblioteca El Mundo, 2001, pág. 1.

<sup>15</sup> Agustín de Foxá, *El almendro y la espada*, San Sebastián: Editora Internacional, 1940, págs. 15-18.

indiferente a mi mansión postrera,  
encarnará en la seda de las rosas.

Y pensar que, desnuda, azul, lasciva,  
sobre mis huesos danzará la vida,  
y que habrá nuevos cielos de escarlata,  
bañados por la luz del sol poniente  
y noches llenas de esa luz de plata,  
que inundaban mi vieja serenata,  
cuando aún cantaba Dios, bajo mi frente.

Y pensar que no puedo en mi egoísmo  
llevarme al sol ni al cielo en mi mortaja;  
que he de marchar, yo solo hacia el abismo,  
y que la luna brillará lo mismo  
y ya no la veré desde mi caja<sup>16</sup>.

Poeta del Retiro es también Pío Baroja en alguna de sus *Canciones del suburbio*, libro de versos que publicó en 1944, con prólogo de Azorín. Un romance suyo, *El paseo del Retiro*, ofrece una imagen otoñal, desfalleciente, del parque, la misma imagen que fue escenario de una conocida, magnífica fotografía de Nicolás Muller, en la que don Pío, con la barba ya blanca, aparece con abrigo, bufanda y sombrero, paseando entre árboles escasos de hojas y con niebla al fondo, matizado todo por una suave luz otoñal:

Esas tardes del Retiro,  
en pleno mes de noviembre,  
me dan la impresión romántica  
de un mundo que desfallece.  
El sol brilla entre los árboles,  
y en el cielo de poniente  
nubes sangrientas avanzan  
con resplandores de muerte;  
las hojas amarillentas  
de las ramas se desprenden  
y corren por los paseos  
del parque furiosamente.

El agua por el regato  
marcha ligera y alegre,

---

<sup>16</sup> A. de Foxá, *El almendro y la espada*, op. cit., pág. 53.

humedeciendo al pasar  
la tierra seca y agreste.  
Por el paseo central  
van los coches lentamente,  
lustrosos y charolados,  
llevando sobre sus muelles  
damas jóvenes y viejas,  
que se columpian y mecen;  
los cocheros y lacayos,  
por su rigidez sorprenden,  
semejando, por su aspecto,  
figuritas de juguete.  
En algún paseo próximo,  
como curioso aparece  
un *sportman* a caballo,  
con aire de petimetre.

El horizonte encendido  
cada vez más resplandece  
y toma el trágico tono  
de algo que lánguido muere.  
El crepúsculo se adueña  
del espléndido Occidente,  
y la ceniza y el gris  
sobre lo rojizo vencen.

El viento cambia de pronto,  
llega el frío de repente;  
el público se escabulle  
y en la ciudad se guarece.  
Sólo unas parejas jóvenes,  
que desdeñan el relente,  
siguen hablando en un banco,  
pensando sólo en quererse<sup>17</sup>.

Y Juan Ramón Jiménez. El autor de *Platero y yo* ha escrito muy hermosas páginas sobre El Retiro. Así, en su libro *La colina de los chopos*, encontramos breves textos de extraordinaria belleza que se titulan «Hojitas nuevas en El Retiro», «Música en El Reti-

---

<sup>17</sup> Pío Baroja, *Canciones del suburbio*, en Obras completas, XII, Barcelona: Círculo de Lectores, 1999, págs. 1287-88.



ro», «Violetas y mirlos en El Retiro», «Bruma y oro en El Retiro», «Mayo en El Retiro», «El Retiro», «Chopos en El Retiro», textos que aparecen también, junto a otros, en el volumen *Libros de Madrid*, con diversas prosas juanramonianas, inéditas algunas. Muy bello es el capítulo «Violetas y mirlos en El Retiro», cuyo último párrafo dice:

El frescor morado y verde de la atrevida violeta es la aguda sensualidad primera del jardín. –¡Qué alegría en los ojos mareados! ¡Qué risa en el sostenido oler!–. Y lo negro del mirlo trueca, por él, su anterior tristeza de cajita de muerto de las escasas flores escondidas, en pasión virgen de firmes ojos negros de almendra; en delicadeza de asustada pierna adolescente en seda negra; en pureza última de liso cabello de ébano suave<sup>18</sup>.

Prosa poética la de Juan Ramón en el texto precedente, Prosa poética la de otros muchos textos suyos, prosa poética también y confidente la que encontramos en otros escritores, como, por ejemplo, Luis Rosales, en su artículo «El contenido del corazón», donde dice, con referencia al Parque del Retiro:

Una tarde cualquiera –pero precisamente la de hoy– se puede pasear dentro del Parque del Retiro. Yo prefiero los senderos contiguos a la verja junto a la calle de Alfonso XII. Allí se unen la mano de la naturaleza y la mano del hombre en el enlace, tal vez un poco brusco, del bosque y el jardín. Allí tiene existencia el tiempo y la demuestra. Se recuerda la nieve. Huele a madera, a siempre, a vaho de tierra húmeda, y en el aire va actualizándose la sucesión de años y flores en una misma persistencia. Lo que persiste, huele. ¡Qué solo está el Retiro! Sin embargo, el tiempo se hace presente allí de manera tan viva que en el jardín, donde nadie está a solas, nos entristece la compañía, y en el bosque, donde nadie se siente acompañado, nos alegra la soledad. El tiempo no es un sueño<sup>19</sup>.

## ESTUDIAR EN EL RETIRO

En el mes de junio del año 1923, un muy joven –¡diecinueve años! periodista y escritor, y a la par estudiante de la carrera de Filosofía y Letras, se encaminó hacia los jardines del Retiro, en busca del sosiego propicio para preparar unos exámenes que había de realizar por aquellas fechas. Su experiencia de entonces la trasladaría a un artículo titulado «La tristeza del Retiro», que apareció impreso en el diario madrileño *La Libertad*, en el número correspondiente al día 13 de junio del año antes indicado. Su texto decía:

Las siete, las ocho, las nueve de la mañana en el Retiro... Primeras horas de la mañana en este Parque, que tiene siempre –en Mayo o en Octubre, en Agosto o en Diciembre– la

---

<sup>18</sup> Juan Ramón Jiménez, *La colina de los chopos*, Madrid: Taurus, 1971, 2ª. ed., pág. 43; *vid.* asimismo Juan Ramón Jiménez, *Libros de Madrid. Prosa*, Madrid: HMR, 2001.

<sup>19</sup> Luis Rosales, «El contenido del corazón», artículo en el diario *ABC* del 4 de marzo de 1962.

misma belleza sugeridora, el mismo lírico encanto que tan hondamente llega al alma de sus amadores...

Es ahora, en estas claras jornadas de primavera, cuando más amables son las horas del Retiro. Son amables en las avenidas inundadas de optimista sol, en los rincones llenos de silencio y penumbra confidenciales, en el prodigio fragante de la Rosaleda... Y son amables, sobre todo, en las horas rubias de la mañana, cuando en la ciudad, en los campos y en el alma, todo tiene temblores y alegrías de iniciación y de esperanza... Hay en el aire matinal una fresca alegría, una dichosa plenitud que embellecen al Parque, en esta hora llena de silencio, de rosas y de sol...

Y sin embargo, cuando todo en el Retiro parece una sonrisa, hay también en él, escondida en algún rincón, una tristeza... Una tristeza que cae como un contraste y como una paradoja junto a la magna alegría que inunda a todo en una rubia mañana de primavera...

A la sombra amparadora de los árboles, de trecho en trecho, sobre un banco, algún estudiante retiene entre sus manos un libro, sobre el que fija afanosamente los ojos. Es que con la llegada de la primavera –la «midinette» más joven, más bonita y más codiciada– ha llegado la fecha trágica de los exámenes, de esos días en que hay que olvidar todo para sumir la atención en los libros de texto.

Es esta la tristeza del Retiro. Cuando todo canta en el Parque el supremo optimismo de vivir, un estudiante ha de olvidarse de que es primavera para entregarse plenamente a las asignaturas, porque es época de exámenes y hay que aprovechar el tiempo día a día, hora a hora, minuto a minuto... Y mientras, en torno al que se abstrae sobre el libro, triunfa la Naturaleza renacida en las rosas que se encienden como sangre del deseo, y en el sol, que incendia a todo como llama de la vida...

[...]

Como todos los años, yo he visto renovarse en éste la tristeza del Retiro en primavera. Fue una mañana en que, impelido por la crueldad de los exámenes próximos, quise también, abstrayéndome del triunfo primaveral, repasar alguna parte de las asignaturas. Allí, en un banco, a la sombra amparadora de los árboles, tenía entre mis manos un tratado de Arqueología y un volumen de Literatura; las páginas del primero me hablaban de que en la escultura griega se encontraba la expresión suprema de la forma, y los párrafos del segundo me decían que en ésta o aquella obra estaba conseguido un ideal de belleza. Y la voz del Retiro en primavera y la voz de mi propio corazón me decían que no era así... [...] Tal verdad –este año como los otros– me hizo huir de aquella tristeza de estudiar en el Retiro, en primavera, en las horas de oro de la mañana... Y es que –reconozcámoslo– es siempre preferible un suspenso en la asignatura que no supimos aprovechar a un suspenso en la vida que no supimos amar y hacer nuestra....

Al final del artículo aparecía el nombre de su autor: José Montero Alonso.

## «ORO EN EL RETIRO»

Hace ya muchos años se extendió por Madrid el rumor de que, en algún lugar de El Retiro, podía encontrarse escondida una gran cantidad de monedas de oro. Un magnífico articulista, César González Ruano, lírico y fiel cronista de la actualidad comentó en uno de sus cotidianos artículos el que se creía posible hallazgo. No creía que se llegara a encontrar nada. Y lo razonó así:

No; el gran tesoro del Retiro, sus plurales tesorillos no se encontrarán nunca. Porque, más que en la *fontana* de Trevi, de Roma, todos los madrileños enterramos allí alguna moneda ilusionada del oro de nuestra juventud perdida, algún nombre que la terca memoria recita aún a la luz baja del recuerdo, algún atolondramiento o alguna languidez que no se atrevió a pronunciar su verdadera palabra.

Y concluía:

Esos tesoros nunca se encontrarán. Los enterró muy hondos nuestra avaricia enamorada. No bastan pozos de siete metros y medio. Pero si, de todos modos, vosotros, los desenterradores, que removéis la tierra de tanta nostalgia, os encontrarais con una moneda pequeñita y pura, donde hay acuñada una niña rubia, reina en un trono de calcetines, que juega al diábolito cerca de las rosas y de una *mademoiselle* en la tarde lenta y proustiana, devolvédmela a mí, a este temblor antiguo que hoy me florece como una milagrosa primavera.

Esa moneda es mía<sup>20</sup>.

Ignoro si en los días actuales el Parque de El Retiro continúa siendo una referencia fundamental, tan fundamental como en otros tiempos lo fue en la existencia de muchos madrileños. En verdad no lo sé (¡todo ha cambiado tanto!). Pero, en cualquier caso, el Retiro permanece y continúa ofreciendo el regalo de su belleza, de su silencio, de su ambiente sosegado, de sus luces cambiantes, de su aire limpio, de sus amaneceres puros y con música de pájaros, y, como el personaje de un romance famoso, nos dice:

–Yo no digo mi canción  
sino a quien conmigo va.

En esta ocasión, sólo he pretendido dejar constancia, de la mano de algunos escritores, de memorias afectivas, de nostalgias, de recuerdos que son fragancia de melancolía y se confunden con una juventud no perdida, pero que ya quedó atrás.

---

<sup>20</sup> César González Ruano, *Trescientas prosas*, Madrid: Editorial Prensa Española, 1976, págs. 282-83.